

Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light-colored skin and manicured nails, carefully placing a teal puzzle piece into a larger teal puzzle. The puzzle pieces are set against a dark blue background with a subtle pattern of white puzzle pieces. The lighting is soft, highlighting the texture of the hand and the interlocking shapes of the puzzle.

"Armonizar Con Dios Y Con El Cuerpo"
EL-010520-050

*"Armonizar Con Dios
Y Con El Cuerpo"*

© 2020 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio –gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: mayo 2020

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010520-050

“Armonizar Con Dios Y Con El Cuerpo”

Hermanos, en esta ocasión
quisiéramos darle un avance a la
verdad que repasamos en el
estudio anterior de Ediciones
Lucas, al que titulamos:

*“El Gran Requisito Básico De Todo
Creyente Para Participar De La
Iglesia”*

De hecho les recomendamos
repasar este último estudio para
que puedan entender con mayor
claridad lo que compartiremos en
esta ocasión.

Congregarnos es el requisito
básico de todo creyente para
participar de la Iglesia del Señor.

S

E

M

A

N

A

—

1

—

Los que nos hemos convertido al Evangelio no podemos estar aislados de los hermanos, si no que debemos estar junto con ellos porque sólo así podremos participar a plenitud de todo lo que el Señor tiene para nosotros Sus hijos.

Si ya tenemos la revelación y la convicción de que como creyentes debemos de congregarnos, es necesario que avancemos en esa verdad, y llevemos al plano de la objetividad la gran necesidad de armonizar con Dios y con Su Cuerpo. Cuando nos referimos a congregarnos, no estamos hablando solamente de llegar a un templo “físico”, y que cada quien tenga un concepto propio de su estancia en ese lugar. Nadie tiene el derecho de hacer con la Iglesia lo que bien le parezca; no hay un aval para que cada quien haga de ella según sus conceptos. En primer lugar, al congregarnos

debemos reconocer que debemos de armonizar con Dios, pues, Él es la cabeza de ese Cuerpo místico llamado Iglesia. En segundo lugar, debemos armonizar con aquellos que nos ha tocado afiliarnos dentro de una localidad, ya que sólo estando juntos y en armonía podremos manifestar al Cuerpo de Cristo. ¿Cuándo se manifiesta el Señor en la tierra? Cuando dos, tres, o más de los santos se reúnen en Su Nombre, he ahí la importancia de nuestras reuniones de Iglesia. Así que si vamos a congregarnos, procuremos también avanzar en el sentido de armonizar con el Señor y Su Oikonomia, como también con todos los santos que son parte del Cuerpo de Cristo. A continuación vamos a abordar cada uno de estos puntos mencionados.

Armonizar Con Dios

Una de las principales características de la raza humana caída es la tendencia de vivir para sí mismo, en otras palabras, al hombre caído le importa primero él mismo, luego él mismo, y por último lugar él mismo. A raíz de esta oscura realidad, el primer gran impedimento que tenemos para poder armonizar con Dios es que nuestra naturaleza se encuentra en un estado degradado que es contraria a la naturaleza del Señor. Cuando Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, en el huerto del Edén, el hombre estaba en total armonía con Dios, de manera que Adán no solo tenía comunión con Él, sino que lo entendía, y trabajaba para Él. En los primeros capítulos de Génesis podemos ver como Dios le delegaba determinadas tareas a Adán, y éste las podía llevar a su cumplimiento porque estaba en

total armonía con su Creador. La naturaleza primigenia del hombre (no caída) estaba en total armonía con Dios, pero ese ya no es el caso de nosotros.

Dice Mateo 9:36

“Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”.

Este pasaje dice que el Señor vio a los hombres como ovejas sin pastor, dispersos, individualistas, cada quien caminando por su cuenta, cada quién forjando su propio sendero. Este es un reflejo de nuestra naturaleza, a todos los seres humanos nos gusta caminar de forma independiente.

Podemos ver, entonces, que el Evangelio no sólo se trata de congregarnos. Para estar en la esfera de

la Iglesia hay un problema en nuestra manera de ser, que debemos buscarle solución. El individualismo arraigado a nuestro “yo” no nos permite participar adecuadamente del Plan de Dios. Si no armonizamos con Dios, nuestras Iglesias locales van a empezar a sufrir el atropello de la opinión y el egocentrismo humano. Permitámosle al Señor que sane nuestras vidas, dejemos que Él opere en nuestro ser, de modo que ya no seamos piedras de tropiezo, sino piedras adecuadas para el edificio que Dios está construyendo.

Dice 2 de Corintios 5:15:

“Por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”.

Este otro pasaje nos comprueba que la manera normal de vivir de los hombres (debido a su naturaleza caída) es vivir para sí mismos. Pero el deseo de Dios es

que ahora que somos hijos Suyos ya no vivamos para nosotros mismos sino para Él y para Sus propósitos eternos. Esto es definitorio, esto debe elevarnos la visión, definitivamente todos los hijos de Dios tenemos que vivir para armonizar con Él. Si no tenemos claro este punto al congregarnos, lejos de edificar con Él vamos a destruir lo de Él. Pensemos cuánto vale el Plan de Dios, pensemos desde cuando Él lo diseñó; no tenemos otra opción que adherirnos a Su Plan. Si no nos disponemos a fusionarnos al diseño divino de la Iglesia, terminaremos siendo un estorbo en su edificación. La mentalidad humana lejos de coadyuvar a la Iglesia del Señor, la desconfigura de su diseño primigenio.

Si la iglesia donde usted se congrega va en pos de lo orgánico-corporativo, y está saliendo poco a poco de los moldes de la religiosidad heredados de la

Iglesia institucionalizada, déle gracias a Dios y procure colaborar con esta edificación. Ahora bien, si alguien no tiene esta revelación, y sigue viviendo para sí mismo, encontrará tropiezo en todo. Hay creyentes que no se sienten cómodos en las Iglesias, pasan los años y ellos siempre tienen queja de los hermanos, consideran que las cosas se hacen mal porque no se hacen según su criterio, etc. ¿Qué hace este tipo de creyentes en las Iglesias? Destruyen la obra de Dios. Un hermano así en una Iglesia ya es un gran problema, ¿qué sucede si la mayoría de hermanos son así? La Iglesia seguramente será un caos. ¿Qué debemos hacer entonces? Buscar la manera de armonizar con el pensamiento divino. ¿Cuáles serían los efectos de una Iglesia en la que todos terminen olvidándose de este asunto y empiecen a caminar cada uno por su lado? Con el pasar del tiempo vamos a

ver una Iglesia que no se parece en nada a lo que Dios diseñó en la eternidad. Es por eso hermanos que debemos hacer el esfuerzo de contribuir con Él, dejando a un lado nuestra manera egocéntrica de ser, y pensar. Debemos de disponer nuestro corazón para que nuestra naturaleza caída sea tratada, de tal manera que no nos congreguemos con esa actitud tan propia del ser humano que termina destruyendo planes del Señor para con Su Iglesia.

Muchos creyentes se congregan para ser la Iglesia a la manera de las reuniones que tienen las personas que no conocen al Señor. En las reuniones del mundo usted puede ver cómo los jóvenes, y las personas adultas organizan una fiesta, ponen música pero cada quién busca divertirse a su manera. Estas reuniones son colectivas, pero a la vez son individualistas; lo que vemos en el mundo es que las personas pueden estar en medio de una multitud, y a la vez comportarse de una manera individualista, así lo aprendimos desde nuestra niñez. Es hasta que venimos al Señor que comenzamos a darnos cuenta que tenemos la necesidad de no caminar como lo hacíamos antes. La Iglesia no fue

diseñada para realizarnos de manera particular, la Iglesia no fue hecha para vivir para nosotros mismos, sino para que en ella seamos conformados a imagen y semejanza de Dios.

Dice Efesios 5:25

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, v:26 para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, v:27 a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha”.

Note las palabras claras que dice el apóstol Pablo: *“A fin de presentársela a sí mismo”*; Queda claro que la Iglesia no fue diseñada con el fin de que nos agrade a nosotros, sino que sea del agrado del Señor, por lo tanto, debemos edificarla según lo que Él espera de ella. Para empezar, el gran

problema de muchos es que ni siquiera les gusta congregarse. Pero pensemos que usted es de los que ya superaron ese punto, que usted sí se congrega, ¿Qué debe hacer ahora? Lo que debe hacer ahora es armonizar con Dios. ¿Por qué? Porque Dios tiene una manera única de hacer las cosas; porque Él tiene un Plan para la Iglesia diseñado desde la eternidad; porque la Iglesia es de Él, y para Él. Todo lo que Dios está haciendo en pos de la Iglesia tiene que ver con lo que Él ya planeó en la eternidad. Tenemos que tener claro que la Iglesia ya tiene un propósito y un diseño definido, por lo tanto, nosotros sólo debemos de contribuir a ese Plan. Hermanos, aunque esto suene repetitivo, que nos quede claro que la Iglesia no es para nuestra realización personal. Si no cambiamos esta manera de pensar, terminaremos desconfigurando la Iglesia de su diseño original. No sólo los “pastores” son los únicos que pueden desconfigurar la

Iglesia del Señor, todos los creyentes que no armonizamos con Dios estamos echando por la borda el Plan de Dios. Hoy en día muchos creyentes andan de un lado a otro buscando la Iglesia que se adapte a sus gustos y a sus necesidades. Hay hermanos que asisten a la Iglesia para que Dios les conceda sus peticiones; otros asisten para sentirse realizados mostrando sus habilidades; otros están esperando que se cumplan en sus vidas todas las promesas de Dios; en fin, hay muchos aditivos personales que podemos tener para congregarnos, y aunque no parezcan malos, no nos damos cuenta que con ello estamos desconfigurando el diseño original en el que Dios pensó en la eternidad acerca de Su Cuerpo. No trastoquemos la Iglesia del Señor, ¡Cuidado!

El Padre diseñó a la Iglesia para que fuera la plenitud de Cristo, Él quiere eternizarla en el Hijo, es la Nueva

Jerusalén, la Ciudad del Dios vivo, Su esposa eterna. Todo lo que el Señor llevará a la eternidad tiene que ver con la Iglesia, allí no hay lugar para nuestros asuntos. Si nosotros logramos entender esto, vamos a congregarnos con el fin de contribuir con Dios y Sus planes eternos, y no con miras a obtener beneficios propios. Es difícil lidiar con nuestra carne y nuestra naturaleza egocéntrica, por eso cuando venimos al Señor y empezamos a congregarnos, Él tiene que tratarnos, tiene que quebrarnos, para que desaparezca de escena ese “Yo” egocéntrico y poco a poco nos convirtamos en instrumentos útiles de Su Reino.

Ser la Iglesia es un asunto que va más allá de ser salvos eternamente. En la mente de Dios una cosa son las almas que creen en Cristo, y otra cosa son aquellos que quieren llegar a ser parte de Su Esposa. Dios es tan amplio en

misericordia, que algunos que predicán el Evangelio se abstienen de decir qué tan grande es el amor que Dios para con los hombres. Pero si alguien lo único que quiere es ser salvo eternamente, tenga por seguro que Dios ya le concedió esa salvación a todo aquel que cree en el sacrificio de Su Hijo. No hay duda de que todo el que cree en Cristo es salvo eternamente, no hay obra que lo haga merecedor, ni mala obra que lo descalifique, somos salvos por medio de la fe. Para ser salvos eternamente no tenemos que “creer y congregarnos”, basta con creer. Entonces ¿por qué debemos congregarnos? Porque es un asunto inherente a lo que nos aconteció al ser salvos, si es que hemos sido salvos verdaderamente. Toda persona que ha nacido de nuevo, percibirá en su interior el ADN, la genética divina, una naturaleza diferente que lo constriñe a amar lo que Dios ama, por lo tanto, se sentirá impulsado a estar con aquellos que también tienen la misma fe. Si

usted ya es salvo, no se resista a armonizar con Dios y Sus planes. Esto que estamos compartiendo no es un invento de hombres, ni es el plan de “Fulano”, es la Oikonomía que Dios ha presupuestado para todos los que se reúnen en el Nombre del Señor para conformar Su Iglesia.

La Iglesia fue diseñada para llenar los propósitos y el deseo de Dios. Si nosotros somos fieles para congregarnos en una Iglesia local, poco a poco comenzamos a armonizar con la mentalidad de Dios, y con Sus propósitos eternos.

Dice Romanos 14:7

“Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo; v.8 pues si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos; por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos”.

Hermanos amados, los que hemos creído en Cristo debemos entender que vivimos para Él, para Sus propósitos eternos, para Su Plan, para ser piedras vivas que edifican Su Iglesia, y si morimos entonces también para Él morimos.

Para armonizar con Dios debemos de tener claro que la Iglesia es la meta de Dios y no la nuestra. Tristemente esto es algo que, en los creyentes, se ha extirpado casi en su totalidad. Los siglos que han pasado han quitado el anhelo de agradar a Dios por sobre todas las cosas, y hoy en día el Evangelio está manipulado por el corazón perverso de los “líderes” que guían a los hijos de Dios, no a hacer la Iglesia del Señor, sino una iglesia conforme a sus propios deseos. Esta actitud de apropiación que los líderes han hecho de la Iglesia se replica en la mayoría de los creyentes, pues, cada

quien procurar asistir a una Iglesia en la cuál pueda realizarse a sí mismo, buscan ser miembros de una “iglesia” en la cual puedan se sientan bien. ¿Nos lleva esta actitud a armonizar con Dios? En una ocasión el Señor Jesús dijo:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.²⁵ Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt 16:24–25).

Si vamos a responder a ese ADN de la naturaleza divina que Dios ha puesto en nuestro corazón de tal forma que creemos ser Sus hijos, también respondamos a este llamado de la naturaleza divina que nos insta a negarnos a nosotros mismos. ¿Por qué? Porque todo aquel que quiere seguir al Señor, indiscutiblemente, no puede ir en busca de lo suyo propio. Es Dios

quien debe valerse de nosotros para llevar a cabo Su Plan eterno, y nosotros armonizar con Él.

Armonizar Con El Cuerpo De Cristo

S
E
M
A
N
A
—
3
—

Ahora bien, tan importante es armonizar con Dios, como también armonizar con Su Cuerpo que es la Iglesia. Si nosotros procuramos armonizar con Dios pero no ponemos de nuestra parte para armonizar con Su Cuerpo, seremos miembros individualistas con los cuales Dios no podrá contar. ¿Como armonizamos con el Cuerpo de Cristo? Contribuyendo con la unidad. No hay otra forma de armonizar con el Cuerpo, que estar dispuestos a preservar la unidad de todos los miembros con el fin de ser uno. Cuando nosotros hablamos de la unidad,

indiscutiblemente, esto nos conecta con la naturaleza divina.

Dice Juan 17:11

“...para que sean uno, así como nosotros”.

También leemos en Juan 17:21 *“para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.*

²²La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”.

La unidad de la que estamos hablando trasciende a lo humano, porque estamos hablando del Cuerpo de Cristo. No queremos confundir el sentido de “unidad” desde un punto de vista humano, a lo que nos dice al respecto el Nuevo Testamento. En los pasajes que acabamos de leer, vemos que la unidad a la que el Señor está haciendo referencia, deja implícita la

naturaleza divina; por eso en el contexto el Señor dice: “*así como nosotros*”. No perdamos de vista que la unidad del Cuerpo de Cristo es trascendental a nuestra condición humana, y que es inherente a la naturaleza divina, pero no por eso quedamos excluidos de responsabilidad para que ésta se pueda lograr en la Iglesia.

El apóstol Pablo, en sus cartas, nos dice de manera práctica que nosotros debemos contribuir a la unidad. Si nosotros hablamos de la unidad sólo en base a los versos que leímos en el Evangelio de Juan, ciertamente nos quedaremos con la idea de subir a las esferas celestiales y quedarnos en ese lugar. Pero si nosotros observamos detenidamente esta palabra “unidad”, en el contexto de las cartas del apóstol Pablo, nos damos cuenta que él infiere

a hacer un esfuerzo por estar en “unidad” con los hermanos.

Dice Efesios 4:3

“solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. Luego dice el v:13 “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

En estos dos versos vemos que el apóstol Pablo nos exhorta a todos a que contribuyamos a la unidad. ¿Por qué? Porque de nada sirve una Iglesia sin unidad. No hay Cuerpo de Cristo manifiesto en la tierra si no estamos en unidad. Hermanos, la unidad es la clave para crecer, desarrollarnos y alcanzar todo lo que Dios quiere hacer entre nosotros. Si no tenemos unidad, obviamente el Señor no podrá

desarrollar todo lo que Él quiere; pues, así como el ojo no puede manifestar (él sólo) todo nuestro cuerpo, así un miembro tampoco puede manifestar a Dios en la tierra, es necesario un Cuerpo.

La unidad entre los hermanos es clave y básica, sin embargo, a nosotros muchas veces nos encanta hablar de ella sólo desde el punto de vista de *Juan 17*. Ya dijimos que para hablar de la unidad, inevitablemente debemos relacionarla con la naturaleza divina, pero eso no es todo lo concerniente a este tema, necesitamos complementarlo con lo que dicen las cartas del apóstol Pablo.

Dice *Efesios 4:2*

*“con toda humildad y mansedumbre,
soportándoos con paciencia los unos a los*

*otros en amor,³ solícitos en guardar la
unidad...”.*

Según estos versos, si queremos contribuir con la unidad, debemos empezar por soportar a nuestros hermanos. Si no hacemos el esfuerzo de soportarnos los unos a los otros, entonces, no estamos dando pasos firmes para alcanzar la unidad. Hermanos, esto no requiere de dones, ni carismas, ni virtudes místicas especiales, sólo tenemos que dejar de ser carnales, ser más espirituales, experimentar la Vida de Cristo, y poner la actitud de tolerarnos. ¿Estamos dispuestos a soportar a nuestros hermanos? Antes de querer cambiar a otros, por que no nos preguntamos en lo individual: “*¿Tengo la actitud de soportar a mis hermanos?*”. La mayoría, lejos de buscar la unidad, soportando a los hermanos, lo que procuran es que los demás cambien.

Hagámonos la idea de que nadie va a cambiar, pero con todo y eso, cada uno de nosotros dispongámonos a aceptar a los hermanos tal como son. ¿Acaso no llegaremos a la unidad si cada uno ponemos la actitud de tolerarnos?.

Armonizamos con el Cuerpo de Cristo cuando empezamos a contribuir con la unidad, pero sólo contribuimos con la unidad hasta que comenzamos a soportarnos. En los versos que leíamos también nos insta el apóstol Pablo a ser humildes, mansos y tener paciencia. Investigando estas palabras en el idioma llama bastante la atención las acotaciones (o usos) que tienen dichas palabras. Ser humildes tiene que ver con nuestra manera de pensar. La palabra humildad, acá quiere decir: “me creo sencillo”, “me creo a mi mismo menor que los demás”, “no me creo mayor que otros”, es un asunto de la mente, no es un acto externo, sino una

disposición en el interior. El apóstol Pablo nos insta a que nos revistamos de humildad, esto es un trabajo que el Espíritu Santo debe hacer en nuestra mente. En esta parte es que debemos ser espirituales, debemos ser convencidos por el Espíritu Santo de que no somos más que los demás. Hermanos, si el Señor recibió a cada uno de nuestros hermanos, y los tomó por hijos, no podemos hacer otra cosa que recibirlos, aceptarlos y amarlos como Él los ama. Cada vez que queramos desistir de soportar a los hermanos, pensemos que ellos son hijos de Dios, que valen el precio de Su sangre, que el Hijo de Dios murió por ellos, que a Dios le plugo darles la Vida Divina en su interior, ¿Qué nos queda? Amarlos, soportarlos, y armonizar con ellos para que en unidad expresemos y llevemos a cabo los planes de Dios en la tierra. Si queremos contribuir con la

unidad no nos elevemos por encima de nuestros hermanos, no somos más que nadie, y si alguien se cree más por algún carisma, virtud, o cualquier otra cosa, recuerde que nada tenemos de nosotros mismos, todo lo hemos recibido de pura gracia de parte de Dios.

El pasaje que leíamos en *Efesios* 4:2 dice también que debemos tener mansedumbre. Para lograr la unidad también debemos ser mansos. La connotación de esta palabra en el griego es ser amables, ser dulces. Hermanos, si queremos contribuir a la unidad tenemos que dulcificar nuestro carácter, nuestra manera de ser, debemos ser más amables. Hay muchos pasajes en la Biblia que nos dicen que tenemos que ser amables unos con otros. Muchos hermanos hacen oraciones impresionantes, se dirigen a Dios con sumo respeto, y con palabras muy refinadas, pero no hacen lo mismo con los hermanos. No sólo debemos ser dulces para dirigirnos a Dios, también debemos hablarle así a nuestros hermanos. En esto

S

E

M

A

N

A

—

4

—

consiste la mansedumbre, en no ser toscos, groseros, cimarrones, sino en mostrar a nuestro prójimo la amabilidad. Agreguemos esta virtud a la revelación divina. Congreguémonos, armonicemos con Dios, soportemos a los hermanos, pero además, seamos amables; así seguramente llegaremos a ser Uno.

Muchas veces esperamos el fruto del Espíritu de una manera inadecuada. El Señor es quien hace realmente todas las cosas, de modo que es Él quien provoca en nosotros que seamos tolerantes y mansos, sólo que para que esto se convierta en experiencia, debemos armonizar con Él. Hermanos amados, lo que Dios espera es que creamos que la Vida divina está queriendo evidenciarse a través de nosotros, y que empecemos a prestarnos para que esa amabilidad que proviene de Él, nosotros la podamos exteriorizar en un

gesto de amor. Cuando esta actitud se consolide en nosotros, y lo dirijamos hacia nuestros hermanos, entonces, veremos palpablemente el fruto del Espíritu.

Nuestra disposición a ser “Uno” con los hermanos es proporcional al crecimiento del fruto del Espíritu. En la medida que tomemos actitudes de amabilidad, dulzura y paciencia, en esa medida se acrecentará en nosotros el fruto del Espíritu. ¿Qué es la Paciencia? Es soportar a los demás, así que en la medida que soportemos a los hermanos, en esa misma medida se va a acrecentar en nosotros el fruto del Espíritu de la paciencia. Parecerá que estamos hablando de disposiciones humanas, pero todos sabemos que este incentivo del que estamos hablando proviene del Espíritu. La vida divina está en cada uno de nosotros, esa Vida es “*Dunamis*”, es poder, es virtud, lo

único que tenemos que hacer es armonizar con el Espíritu, aportando dulzura y amabilidad.

Hermano, si Dios nos ha trasladado a Su Reino, sepamos que tarde o temprano pasará buscando frutos en nosotros, por lo tanto, procuremos tener fruto para Él. No hagamos de esto una subjetividad, más bien, pasemos al sentido práctico, ¿cómo? Aprendiendo a dar pasos de fe en base a la Vida divina que mora en nuestro ser. Tal vez nos equivocaremos, sí, pero si nunca aprendemos a dar pasos en pos de esa Vida, nunca se acrecentarán en nosotros los frutos del Espíritu. Muy difícilmente Dios nos va a reprobar por ser amables, dulces, y tolerar a los hermanos. Probablemente en algunos casos caeremos en el error de ser indulgentes, pero eso también nos lo revelará Dios.

Hagamos esfuerzos por armonizar con Dios y con Su Cuerpo, seguro que Él se agradará de ello, y nos dará gracia sobre gracia. Si nosotros no procuramos armonizar con el Cuerpo de Cristo, estaremos colaborando para que dicho Cuerpo se desintegre, y esto sí nos acarreará juicios de parte de Dios. Si usted no se congrega en su localidad, y no aporta lo que le han dado de gracia, usted está inmovilizando el Cuerpo. A cada uno se nos repartieron dones, y debemos usarlos en base a la medida de fe que tengamos. Cada miembro que se aleja de su localidad, y no armoniza con la Iglesia, hace que el plan de Dios se tenga que movilizar de maneras más precarias. Para Dios cada miembro cuenta, y a cada uno en lo particular Él lo trata de manera específica para que contribuya a Su Plan divino.

Para ir terminando leamos

Efesios 4:13

“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

Si nosotros practicamos lo que hemos dicho a lo largo de este estudio, con el tiempo alcanzaremos la unidad de la fe y el conocimiento pleno del Hijo de Dios, la condición de un hombre maduro, la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. La unidad de la fe es la que se da en el terreno de la práctica de la Iglesia, es lo que alcanzamos por armonizar con la Vida de Cristo y con los santos. La unidad de la fe la podremos llegar a tener cuando el amor del Señor se haya perfeccionado en nosotros.

Dice *Efesios* 6:23

“Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo”.

¿Qué va a suceder cuando nosotros contribuyamos a la unidad? Tendremos paz, y si hay paz entre nosotros, seremos un equipo, seremos un organismo viviente, seremos el Cuerpo manifiesto de nuestro Señor Jesucristo en la tierra, podremos ser útiles a los planes de Dios. Pero sigue diciendo: *“Paz sea a los hermanos y amor con fe...”*, volvemos a ver cuán necesaria es la fe, sólo que acá le agrega el elemento más esencial: *el Amor*. Así que amados hermanos: Congreguémonos, armonicemos con Dios, soportemos a los santos, seamos humildes, mansos, y

lleguemos a la unidad de la fe por
medio del vínculo del amor.

¡Dios les bendiga!